

## Un año de poesía en España

Aplicar la palabra *balance* al escrito que ahora emprendo supondría una evidente desorbitación. La fluencia de la poesía editada no admite límites rigurosos, aunque aquí, como es de costumbre en los resúmenes, sea el año recién consumido la cifra de nuestro horizonte. A 1983, con alguna breve excepción, nos atenderemos, anticipando que el encuadre ha de ser forzosamente parcial. Nada, pues, ni siquiera parecido a un catálogo. El exceso de referencias iría de seguro en perjuicio de la mínima atención valoradora. La sobreabundancia de libros de poesía no se corresponde al eco que originan. Tampoco falta en este menester la inflación, ligada al recurso ya monótono de los premios; y *el castigo a la perversidad* de los patrocinadores al tuntún de recompensas, municipales, provinciales y nacionales, se traduce en silencios. Los problemas circulatorios y editoriales que comportan las obras poéticas obligan a buscar ese tipo de resonancia que, en muy pocos casos por todos sabidos, pasa de efímera.

No ocurre así por lo que respecta al Premio Cervantes y Rafael Alberti. De nuevo el Nobel hispánico vino a recaer en un poeta —Jorge Guillen, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Borges, Octavio Paz y Luis Rosales figuran en la lista

de favorecidos—. Por fortuna, a la hora del máximo honor, se cumple la ley de las compensaciones. Alberti ofreció *Versos sueltos de cada día*, que no constituye uno de sus mejores poemarios, si bien, aquí y allá, surjan esas chispas reveladoras de una categoría y de una continua brega de lírico a pie de obra.

El Premio Nacional de Literatura, en su apartado de poesía, correspondió a Claudio Rodríguez, que ha reunido su obra bajo el título de *Desde mis poemas*. Claudio Rodríguez (Zamora, 1930) es una de esas personalidades que, a partir de la obtención del Premio Adonais en 1952, fue indicativa de un nuevo rumbo. Ni social ni neorromántico, el autor de *Don de la ebriedad*, *Conjurios*, *Alianza y condena* y *El vuelo de la celebración* encarna el cauce de la vivencia esencializada —lo real y simbólico entreverándose— y la lengua rigurosa (*controlada*, dice él). Con las debidas pausas, Claudio Rodríguez es un ejemplo indiscutiblemente maduro.

Una obra de las dimensiones alcanzadas por la que firmó Ángel Martínez Baigorri, jesuita, nacido en 1899 y muerto en Nicaragua, bien merecía la edición de *Poesías completas* realizada, en tres gruesos volúmenes, por Emilio del Río. Ellos nos facilitan una materia de imprescindible conocimiento, pues se la

y nutre una serie de significaciones que van más allá de lo visible.

La memoria es de suyo uno de los pretextos permanentes de la lírica. El hilo de *Una muchacha mueve la cortina*, de Leopoldo de Luis, Premio Villa de Rota, obedece a una faena de catarsis, donde el recuerdo y la reflexión van del brazo. La dualidad psicológica determina una visión pesimista del mundo exployada de forma sencilla y grave. En Ángel García López y su *Memoria amarga de mí*, el pasado se apoya cardinalmente en el amor. El poeta roteño luce su manera bellísima de expresarse, pero yendo a las entretelas y atenuando así la brillantez. Carlos Murciano, que se atiene a su norma de transparencia y emoción contenida, vuelve al pueblo de sus raíces. *Meditación en Socar* se aparta también, en lo posible, de otras evocaciones anteriores. *El aire original*, de Joaquín Galán, palentino trasplantado a Barcelona, no es sino el empeño de acompañarse a la atmósfera del ayer y procurar que se produzcan iluminaciones del interior. Este libro lleva prólogo de Salvador Espriu, el primero que escribe para un autor en castellano, y su juicio respalda con su magisterio el logro de una voz joven.

En poesía nunca resulta peligroso asomarse al exterior. Es lo que hace Concha Zardoya en su recalada por el mundo neoyorquino y español que integra *Manhattan y otras latitudes*, sin limitarse al paisajismo. Ello incluye una respuesta a la injusticia y al dolor, tan visibles en cualquier parte, y una dramática solidaridad frente a la indefensión de los seres en la vida de hoy. Por su parte, Jesús Riosalido transmite de modo personalizado sus años de residencia en Dinamarca. *Andersen's Boulevard* muestra un expresionismo que oscila, por medio del entramaje amoroso, entre el entusiasmo y la decepción. *Aquelarre en Madrid*, de Fernando Beltrán, aplica

una técnica de avanzada, con ascendientes goyescos, al ambiente nocturno del cogollo de España, y quiere airear costumbres generacionales muy al día, mientras Octavio Uña, en *Mediodía de Angélica*, se sitúa en el dominio asentado de la tradición pendulando entre Castilla y el Sur.

La aportación femenina nunca falta. Dos valiosas pruebas son *Selva*, de Julia Castillo, y *Ludia*, de Amparo Amorós. La una convierte lo natural, el pasto continuo de los sentidos, en soporte de las tentativas mentales que tratan de convertir en categórico lo aparential, ceñida y depuradamente. La segunda, mediterránea de nacimiento y espíritu, persigue la belleza con regusto erótico. También procede sin desbordarse, sino adensando la resulta de las sensaciones. Hay que convenir cómo el erotismo, in-telectualizado o no, atrae a poetas, por lo común jóvenes, que o lo llevan hasta los límites del hedonismo y el dandys-mo —es el caso de Luis Antonio de Villena, que, en *Poesía*, hizo también arqueo de la suya— o lo someten a una elaboración compleja. *Antinomia*, de Joaquín Benito de Lucas, recrea los personajes de *La Celestina*, quienes dialogan acerca del amor y del desamor. Este poeta talaverano ha añadido también a su obra, ya prestigiada, *Campo de espuma*. El episodio sentimental que la fundamenta se produce de cara al horizonte marítimo. Su fractura y tono tienen que ver con el espíritu neorromántico, si bien no hay lugar a excesos de ese orden. Claridad y sencillez lo impiden.

Joaquín Marco y Martínez Sarrión editaron *El significado de nuestro tiempo y Horizonte desde la rada*, respectivamente. En ambos se aprecia voluntad de evolución, así como en el José Agustín Goytisolo de *Sobre las circunstancias*. Dos cordobeses, Vicente Núñez y Julio Aumente —*Ocaso en Poley* y *Por la pendiente oscura*—, estrechamente

unidos al grupo «Cántico», obtuvieron el Premio de la Asociación de Críticos Literarios, que necesita una urgente reforma para que en él participen, como en otros tiempos, quienes ejercen de forma continuada la tarea juzgadora, única fórmula para que este galardón, que debe ser el más serio y comprometido de los que se adjudican, no se convierta en asunto de unos pocos. Sin esa innovación, su importancia decrece.

Este informe ha de concluir con un esbozo de conclusiones y con un pronóstico. Resulta patente que nuestra poesía no se halla en uno de esos instantes que provocan un giro de rotundos efectos, sino en un estado de lo que es aceptable denominar transición. Que abunden las antologías, individuales y plurales, constituye indicio de la necesidad de centrarse en lo ya conseguido antes que en el riesgo de otras rutas. Se impone el repaso, la sedimentación, poner en fila los sumandos, antes que disponer las catapultas del futuro.

Este fenómeno podría ser aprovechado para la ya urgente revisión. El tiempo, las etiquetas acompañadoras, repetidas, dejándose llevar por la rutina, acaban por enturbiar el panorama. Tanto la poesía propiamente de la posguerra como la que ha seguido a esa eclosión bien fértil, exigen un análisis a fondo que dilucide sus valores tras una extensa travesía. La convivencia de las distintas generaciones, hecho antes no verificado hasta el punto que hoy sucede, ayuda a la confrontación. Leemos como novedad la poesía de Luis Rosales, que prosigue su ciclo de *La carta entera* —*Un rostro en cada ola* fue la última parte conocida—, y, a la vez, los volúmenes de su *Poesía completa*, al tiempo que los de autores recién inaugurados.

El dominio de la técnica se ha hecho tan común que dificulta establecer las prelación, y esta circunstancia nos es familiar a los que con alguna frecuencia

participamos como jurados en los concursos o hacemos de la crítica un oficio. En los libros impresos y en los que aspiran a tales —la cara oculta de la cuestión— se detecta esa tendencia igualatoria, aunque, naturalmente, la escala exista, y en ella, según es lógico, los altibajos de la calidad.

Puestos a distinguir zonas, tres cabe que delimitemos: la de los sensoriales, que aún consideran la belleza como un fin y vuelven la vista a los contagios de la realidad inmediata y a todo problematismo; la de los reflexionadores, que no se conforman a admitir la exquisitez, ambigua o no, y creen en la poesía como conocimiento y apuntan al meollo; por último, se hallan aquellos que usan de los temas más perennes: amor, muerte, tierra, dolor, etc. Se alude a una nueva sentimentalidad. Estas divisiones no dejan de ser relativas, ya que un mismo poeta comparte varios impulsos, pero aun así entendemos justificado apelar a las diferencias de corrientes. No es época de manifiestos ni rupturas, sino de voluntad integradora.

El pronóstico, en lo que cabe prever, parece inclinado a una revitalización del sentimiento. ¿Otro romanticismo con retorno presumible a la Naturaleza? Hay signos suficientes para esperarlo. La poesía suele adelantarse, y el hastío y el horror ante lo que el mundo presente nos depara, es un acicate para desentenderse de él y encaminar la palabra a la salvación de la persona —dentro o fuera del plano trascendente— y a fijar una axiología poética determinada por ese movimiento de liberación íntima. Puede que lo mágico sea buena compañía para este propósito que algunos poetas han comprendido y para el que sirve un idioma constreñido, un desdén por toda retórica. Nada me extrañaría, con todo, la atracción por un orden neoclásico puesto al día.

Dejemos este asunto de las cabalas,

tan inseguras como las que realizan los «hombres del tiempo». Hay que ceñirse a 1983 y recordar que, durante él, murió José Bergamín, cuyo verso fue una incidencia marginal de su escritura, pero no de sus evidentes condiciones de lírico. Aun Juan Ramón Jiménez y Federico García Lorca dan trabajo aún a los buscadores de inéditos. ¿La *Antología* de José María Hinojosa contribuirá a rescatarle?

En 1983 murió Xavier Zubiri, cuyas ideas sobre la poesía influyeron en algunos jóvenes de antes de la guerra. Se

conmemoró el centenario de José Ortega y Gasset, para quien la metáfora fue instrumento capital en cuanto que elude el nombre cotidiano de las cosas. Por la poesía no se puede pasar nunca de largo. Escribo al borde de 1984. León Felipe será en los próximos doce meses el poeta conmemorado. León Felipe, pieza singular, que defendió a machamartillo la juntura de vida y poesía y fue rebelde a las clasificaciones y sostenedor de un radical individualismo.

L. J. M. \*

\* Poeta y crítico literario.